



**NUEVO Y CURIOSO ROMANCE, DE LOS ARROJOS, MUERTES y valentias de Don Pedro Salinas, natural de la ciudad de Jaen.**

**E**scuchenme los valientes los que presumen de altivos, preciándose de alentados, y de armas guarnecidos, que andais como horribles fieras por ciudades y caminos; suspendet vuestra arrogancia, mientras que paso á deciros del mas valeroso joven, que en este mundo ha nacido. En la ciudad de Jaen, cabeza de su partido, nació Don Pedro Salinas, de nobles padres, y ricos: lo criaron con regalo, siendo de muchos servido. Era en toda la ciudad el tal Don Pedro aplaudido por sus generosidades, y su cortesano estilo. A los veinte y cuatro años, que eran de su edad cumplidos, murió su padre, y dejóle de su caudal el dominio. Estando un dia en su casa ha entrado un hombre afligido,

diciendo: Señor Don Pedro, á valerme de su auxilio, vengo, porque de millones los guardas, en el camino, cuatro cargas me han quitado, que traía de tocino, y á mi me vienen siguiendo, para prenderme esto es fijo. Estando en estas razones, miró ácia la puerta, y vido, que entra el administrador con sus guardas muy altivo, para quererlos prender; y cortés Don Pedro dijo: Señor. ese pobre hombre de mi á valerse á venido, y lo tengo de amparar, con que así á ustedes suplico, el que le vuelvan las cargas, y que se le dé un registro, que aquí estan cuatro doblones, no se le haga descamino, que yo á tan grande merced, siempre estaré agradecido: Y mirando ácia los guardas, el administrador dijo,



Entren y saquen el reo,  
porque yo empeños no admito.  
Viendo la desatencion  
Salinas: quedó corrido,  
y con grande disimulo  
en su cuarto se ha metido,  
y previniendo una charpa,  
se la puso, y el proviso  
á un trabuco naranjero  
siete balas le ha metido,  
y haciéndoles cara á todos  
desta forma les ha dicho:  
Al que fuere desatento,  
yo sabré darle el castigo:  
disparó, y con tal violencia  
salió del cañon el tiro,  
que derribó cuatro guardas,  
y al administrador, cinco:  
los otros le dispararon,  
viendo el estrago que hizo,  
mas fué su fortuna tanta,  
que ninguno le ha ofendido;  
con que, dejando las cargas,  
huyen los que quedan vivos.  
Entrególas á su dueño,  
y desta suerte le ha dicho,  
que se fuera, y á caballo  
lo acompañó hasta el camino.  
El se volvió á la ciudad,  
donde le dieron aviso,  
que el señor Corregidor  
contra el tenia escrito  
un proceso, y á la noche  
se fué á su casa atrevido,  
á tiempo que los porteros  
todos estaban dormidos;  
subióse á la sala, donde  
estaba desprevenido  
del caso el Corregidor,  
quitóse el sombrero, y dijo:  
Tenga, Usía, buenas noches,  
y sepa, que soy venido,  
á que me dé los papeles,  
que contra mi tiene escritos;

esto ha de ser sin remedio,  
porque ya es empeño mio.  
El Corregidor turbado,  
dandoselos, dijo amigo,  
á eso solo es vuestro empeño,  
asi os obededezco y sirvo.  
Tomólos, y en su presencia  
dos mil pedazos los hizo,  
diciéndole así: Agradezca,  
que con él no hago lo mismo,  
pero si en la dependencia  
se anda con mas escritos,  
no dejaré en la ciudad  
á mis manos hombre vivo.  
Volviéndole las espaldas,  
ácia su casa se ha ido;  
y tomando dos caballos,  
un mozo y un buen bolsillo,  
á Sevilla se fué, donde  
cargó de tabaco fino,  
y á Jaen, para venderlo  
ha tomado su destino:  
y prosiguiendo su viage,  
en la mitad del camino,  
para quererlo robar,  
diez gitanos le han salido.  
Pero Don Pedro animoso,  
al instante que los vido,  
echó mano á su trabuco,  
y al mozo señas le hizo,  
y aun tiempo les dispararon,  
siendo tan ciertos los tiros,  
que de los diez, se quedaron  
seis en el suelo tendidos,  
y los otros se escaparon,  
sin decir, á Dios, amigos.  
En fin llegan á Jaen,  
con contento y regocijo,  
y á otro dia de mañana  
á un costalero le dijo:  
Ponte este fordo en el ombro,  
y por las calles á gritos,  
vé diciendo desta suerte:  
Quién compra tabaco fino?

que quiero ver si los guardas se me atreven á impedirlo; y previniendo sus armas, en su compañía se ha ido. A la fábrica llegaron, adonde la ronda vido del tabaco, y él entonces, quién compra tabaco? dijo: y los guardas admirados de ver este desatino, temerosos y asustados, ni una palabra le han dicho. Luego el administrador, por un papel que le ha escrito, diciendo: que si quería pagando á su precio fijo, venderle todo el tabaco? Don Pedro le ha respondido, que sí, con que á plata y oro todo se lo ha reducido. Se fué al reino de Valencia, donde empleó en seda lisa. Desde allí pasó á Granada, porque un amigo le dijo, como se despacha bien el género referido; pero en el pinar de Baza un mal encuentro ha tenido sobre defender su hacienda, dió muerte á cinco vandidos; y así que los vido en tierra, á su criado le dijo que les corte las cabezas, y que las cuelgue en un pino: y el mozo con desahogo luego al instante lo hizo. Y prosiguiendo su intento, entró en Granada un domingo, y en el meson de la Espada con su seda se ha metido, adonde por un soplon, que á los guardas les dió aviso, acudió toda la ronda: Don Pedro así que los vido,

metiendo mano á sus armas, dice: Qué se ofrece, amigos? Y el señor guarda mayor al instante á respondido: Saber de un poco de seda, que dicen, que usted ha traído, y por cumplir con la orden, el despacho es lo que pido. Pero con grande frescura, Salinas ha respondido: Seiscientas libras de seda son las que aquí traygo, amigos, sin despacho, porque yo nunca ando con papellitos; pero si el despacho quieren, les despacharé al proviso desta suerte, y disparando, á tres se llevó de un tiro: los otros le dispararon, y con solo cuatro tiros á Don Pedro le quemaron por tres partes el vestido. Llegó el mozo por un lado, que estaba puesto en aviso, y de un fuerte trabucazo á tres partió por el cinto. En este tiempo á Don Pedro quien es el suplon le han dicho, y de un fuerte carabinazo les ha soplado los sentidos. A san Gerónimo fueron, por librarse del peligro; y así que vendió la seda, del convento se ha salido á una cierta dependencia, donde un pícaro atrevido, con otros seis en compañía, cabezas de poco juicio, quisieron burlarse de él, y Don Pedro enfurecido, arrancando de un puñal, como fiero basilisco, á golpes y á puñaladas, á tres les dejó tendidos;

y los otros se escaparon  
huyendo, muy mal heridos.  
Y Don Pedro y su criado,  
para Málaga se han ido,  
pero en la playa de Velez  
le salieron al camino  
diez y seis moros, que eran,  
al parecer, argelinos.  
Embistiéronle furiosos,  
pero Don Pedro atrevido,  
con su valerosa espada,  
colérico y encendido,  
á golpes y á cuchilladas  
á todos los ha rendidos;  
y dejando cuatro muertos  
manejó muy bien los vivos:  
á Málaga llegó, y dando  
al general los cautivos,  
estimando su valor,  
mucho se lo ha agradecido.  
El señor marqués de Ledesma,  
que estaba á este tiempo mismo  
en Málaga con la orden  
de nuestro invicto Felipe,  
para ir al campo de Ceuta,  
viendo su valor y brio,  
le ha dicho: señor Don Pedro,  
cierto, que yo agradecido  
estimára. en mi compañía,  
viniera á Ceuta conmigo,  
dándole una compañía,  
de granaderos altivos,  
y que con ella sirviera,  
al rey Don Felipe quinto.  
Don Pedro le respondió,  
mostrándose agradecido:  
Yo estimo el favor tan alto,  
y el mayor afecto mio  
será siempre contra infieles,  
defender la fé de Cristo,  
y así, sepa su excelencia,  
que á servir al rey me ánimo.  
Entonces el general,  
certificando lo dicho,

con apasible semblante,  
le dió la mano de amigo.  
Y á otro día se embarcaron  
en dos muy fuertes navíos,  
y á Ceuta llegaron todos,  
con contento y regocijo,  
y á las primeras salidas,  
que este caballero hizo,  
se engolfó tanto en los moros,  
con tal valor y tal brio,  
que á pesar de todos, cuantos  
estaban para impedirlo,  
tres estandartes reales,  
trajo en la plaza rendidos,  
y á los pies del general  
los puso, diciendo altivo:  
Recíbalos su excelencia,  
y perdone, señor mio.  
El general le responde,  
Estos son buenos principios,  
y es justo que se premien,  
con que así al premio me obligo.  
Levantóse, en fin, el campo,  
y á la Corte se han partido,  
donde al rey el general  
discreta informacion hizo,  
de su esfuerzo y su valor,  
y sus hechos referidos:  
Y nuestro invicto monarca,  
atendiendo á sus servicios,  
una encomienda le ha dado  
de Santiago bendito,  
y coronel de caballos  
luego al instante lo hizo.  
donde gustoso se queda  
sirviendo á Felipe quinto.  
Dios lo libre y lo defiende  
de los infieles altivos,  
porque ganando victorias,  
defienda la fé de Cristo.  
Y aquí mi ingenio suplica  
á mi auditorio atendido,  
que me perdonen las faltas,  
que estos versos han tenido. - FIN.